

LA BENEFICENCIA

APLICADA A LA ENSEÑANZA.

La beneficencia jamás quiso limitar su acción á socorrer la indigencia y la desgracia. El origen divino de esta virtud ha descubierto siempre al que la posee, que las miserias de la vida, las desdichas de la humanidad, la pobreza y hasta los males físicos tienen su fuente fuera del orden material; y que para cegarla, no bastan las medicinas que alivian los dolores del hambre y contienen sus desastrosos efectos, cubriendo con un velo consolador el fondo repugnante y canceroso de sus extragos, sino que es preciso remontarse á combatir sus formidables causas en la esfera del espíritu, deramando allí el bálsamo saludable de la ciencia y la virtud. ¡Si los fatales orígenes de la mendicidad y la miseria, son muy principalmente la ignorancia y el vicio; orígenes que solo se extinguen con la enseñanza bien encaaminada á instruir y moralizar. La beneficencia se viene inclinando tambien por esto, desde el principio de su ejercicio, á la fundacion de instituciones en que, apartando su consideracion inmediata de la aplicacion de socorros á la curacion de los males físicos, aspira á prevenirlos cuidando de la salud y robustez del espíritu por medio de una instruccion fecunda y moralizadora. Así vemos de bien antiguo escuelas y colegios fundados por el espíritu benéfico de los particulares que, conociendo la debilidad del corazón humano y las causas originarias de sus dolores, no buscaron la bendicion de sus nombres en el bien que hicieran á sus semejantes destinando los tesoros que les legaban á curar sus enfermedades, mitigar su hambre y cubrir su desnudez; la quisieron mas bien en el honroso recuerdo que habia de conservarles la memoria ilustrada de todas las generaciones en el objeto grandioso de su piadosa instruccion, que no solo arranca víctimas á la miseria y á la muerte, sino que provee á la sociedad de fuerzas, inteligencia y virtudes que de otro modo se hubieran llorado perdidas.

Pero nunca más que hoy es necesaria la propagacion de instituciones benéficas que tengan por objeto la enseñanza de los huérfanos, lo mismo que de los niños de las clases menesterosas y trabajadoras, porque nunca tanto como hoy se hacen sentir los terribles efectos de la ignorancia ó el vicio, que proceden en ellos de la falta de una educacion fundamental é instruccion rudimentaria que enseñe al hombre el camino del deber y la justa apreciacion del bien. El interés particular y el social en las naciones modernas han comprendido perfectamente esta necesidad; y siempre que la beneficencia verifica una evolucion imprescindible para dulcificar con su influencia los terribles extragos que causan en las relaciones de las clases trabajadoras y acomodadas los cambios inherentes al movimiento civilizador, jamás ha perdido de vista el bien inmenso que resulta de afirmar y propagar los institutos benéficos y de verdadera prevision, cuyo objeto es principalmente la educacion y enseñanza de los huérfanos y los pobres. Tanto es así, y tan profundo es ya el convencimiento general de que los males morales de nuestra sociedad son aun mas graves y extensos que los males físicos, y están mas arraigados en el corazón y en la inteligencia de ciertas clases, que á pesar de ver á la administracion de los pueblos marchar en progreso creciente al aumento de los establecimientos de educacion y enseñanza popular, el espíritu de asociacion benéfica se extiende cada vez mas á igual objeto; se organiza bajo diferentes formas; crea multitud de centros de instruccion, y marcha con laudable empeño al objeto altamente social de difundir la moralidad y las luces sobre esos infelices espíritus de las clases humildes que nacen y crecen sometidos al terrible yugo del vicio y las tinieblas. Gran número de sociedades se organizan en todos los pueblos importantes, y hasta en algunos subalternos, que, aparte de socorrer en sus establecimientos la necesidad del pobre, amparar el abandono del huérfano y prestar la asistencia al enfermo, se proponen por objeto inme-

diato la educacion y enseñanza que envuelven el cultivo del espíritu para la salvacion ó el bien permanente del individuo y la sociedad. Entre tantas y tantas sociedades como en nuestra España, en el extranjero, especialmente en el vecino imperio francés, se proponen extender el conocimiento y la luz de la verdad á las clases mas necesitadas para atajar los males de su ignorancia, son ya quizá las mas importantes las constituidas por la muger para realizar tan trascendental pensamiento con el irresistible poder de su ternura, solicitud y perseverancia. ¡Sí! la muger de todas las clases sociales, y muy principalmente la de mas elevada esfera, toma hoy una parte muy interesante en la vida pública por medio de la beneficencia privada, y desempeña un gran papel en la propagacion de la enseñanza y moralidad á las clases trabajadoras y necesitadas, que muchas veces son víctima de la ignorancia y el crimen á que las condena su lamentable suerte. La muger no se contenta hoy con desenvolver su influencia en el seno de la familia: capaz de una accion mas extensa sobre la educacion é instruccion, y pareciéndole aun limitado el campo que para su aplicacion la ofrece su propio sexo, se considera madre de la sociedad, siente y llora sus dolores y desgracias, se sacrifica, procurando por todos los medios de que dispone, su alivio y aun completa curacion, y reunida en asociaciones benéficas, ampara bajo el manto de sus paternales sentimientos toda la infancia, particularmente la huérfana y desvalida, la lleva á las casas de acogidos, á las escuelas de párvulos, á las comunes y profesionales, y hasta arranca de los talleres la juventud para guiarla con la antorcha del saber y la virtud en los peligrosos azares de la vida. Mas aun: no se concreta la muger en las asociaciones benéficas á contener los males sociales con cuidados y socorros, y á prevenirlos con la educacion y enseñanza, sino que, comprendiendo perfectamente que hay muchos seres para quienes no ha llegado aun la necesidad de los primeros y no pueden ya por su edad alcanzar los beneficios de las segundas, crea establecimientos en que acomoda las diferentes condiciones y edades de la vida para recibir los auxilios; con que han de resistir las calamidades, las catástrofes y los crímenes, en una instruccion supletoria de la que debieron recibir en su primera edad. Estas asociaciones de damas para la propagacion de la educacion popular, que empezaron en esta corte por iniciativa de las mas principales de la nobleza, tienden directamente á instruir y moralizar la infancia de las clases necesitadas; y ya en las escuelas de párvulos, ya en las de primera enseñanza de niñas, y hoy en las dominicales que instruyen y moralizan la juventud que se dedica al servicio doméstico, están prestando un importantísimo servicio á la causa pública, al cumplir el fin complejo de la educacion en aquellos que de otro modo se verian privados de sus beneficios. Los resultados que ofrecen son otros tantos testimonios de que la accion de la beneficencia, ejercida por la muger, extiende su saludable eficacia á la extirpacion de todos los males sociales; porque no solo nos presenta el encantador espectáculo de que la jóven aristocrática, á quien una brillante posicion sonríe con todos los placeres del mundo, dedique parte del dia á coser con sus delicadas manos el tosco sayal que ha de cubrir la desnudez de los pobres, y á llevar el consuelo á la afligida familia del enfermo, sino el de una respetable dama que cuenta entre sus principales deberes el concurso individual y pecuniario que requiere el desenvolvimiento de la asociacion, aumento de sus escuelas, concurrencia de las alumnas, la presidencia y hasta direccion de su enseñanza. Mas aun: la gran señora, que pareceria desdeñarse de sentar su planta fuera de mullida y aterciopelada alfombra, ó en pavimento que no cubra el alabastrino mármol, visita diariamente los talleres del artesano y el obrero para estudiar las necesidades de la sociedad, y atraer á su instituto aquellos que carecen de la instruccion necesaria para conocer que aquel lugar es el albergue de la moralidad y la dicha, morada del trabajo que inspira dignidad y grandeza al que sabe vivir

bajo su salvaguardia para asegurar su suerte en el porvenir. De este modo el pueblo pobre, á quien se atiende con tan cariñosa solicitud, llega á convencerse de que el lujo de la alta clase, lejos de insultar la desgracia y la miseria con el esplendor de sus trajes, la riqueza de sus trenes y el ruido de sus fiestas, es por el contrario el rocío fecundante del trabajo que enjuga su amarga tristeza, dándole aliento y vida con la instruccion que enseña que aquel es la verdadera y sólida riqueza, y con el oro y cuidados que consagra á sostener las escuelas é instituciones que vienen á curar los males del pueblo. El ejercicio de la beneficencia, que tan agradable hace la dulzura del carácter de la muger, establece un roce continuo entre todas las clases sociales; y de él nacen vínculos que las unen estrechamente por la generosidad y el reconocimiento, reemplazando suavemente los antiguos odios y asegurando el bienestar presente y la dicha en el porvenir. Congratulémonos de que no sea la última, ni la menos solícita en el cumplimiento de los deberes de la beneficencia la muger española; puesto que hoy en casi todas nuestras ciudades se constituyen asociaciones en que la enseñanza es su primer objeto, y muestran un celo infatigable por extender sus saludables beneficios á todas las clases de la sociedad. El estado lisonjero á que han llegado los institutos que solo á sus virtuosos esfuerzos debe nuestro pais, bien merece un examen que mas tarde nos proponemos hacer con cuantos datos pueden dar á conocer su mérito y trascendencia.

L. R. Y P.

CONSIDERACIONES

SOBRE LA ACCION DE LA FAMILIA, DE LOS
MAESTROS Y DEL ESTADO EN LA EDUCACION.

Viene al mundo un niño, y en su frágil cuerpo se encierra un alma que no tardará en abrirse á la luz de la gracia divina, como un capullo á los rayos del sol. El recién nacido

pasá de los brazos de su madre á los de la Iglesia, y un sacerdote derrama sobre él la ablucion bautismal, el santo rocío de salvacion que borra la mancha original.... Despues, no os acerqueis á su cuna sino con respeto, ¡es como un templo! ni á su débil cuerpo sino con amor, ¡es un vaso de eleccion! El bautizado se halla dulcemente entre la mirada de Dios que le protege, y la sonrisa de su madre que le acaricia.

¿Quién se encargará de su educacion?

La madre ante todo: la madre, que se encuentra indemnizada de lo penoso y difícil de su destino, por dos preciosos dones que al crearla le hizo Dios: la *fé* y la *caridad*; porque el Señor dijo á la muger al ponerla en el mundo: *Creerás y amarás*. Por eso el hombre en su juventud, mirando al mundo, puede dudar de la muger; pero si mira á su madre, nunca podrá dudar.

Si se nos pidiese una prueba de la deliciosa recompensa que se halla reservada para los tiernos y solícitos cuidados de la maternidad, reclamaríamos un momento de meditacion sobre este hecho: «Preguntó un niño á su madre, ¿qué es el alma?... La madre vaciló; pero el niño reflexionó, y de repente dijo: ya lo sé, mamá, es *con lo que yo te amo*.»

No hay que dudarlo: la madre es el educador por excelencia; sin embargo, no es infalible, y hasta puede llegar á ser, lo diremos aunque la palabra es dura, la corruptora de sus hijos. No nos cansaremos de repetirlo á todas las madres: esta primera educacion produce buenos ó malos frutos, segun que ellas escuchan la voz de la razon ó las funestas insinuaciones de una ciega ternura, segun que dirijan con acierto á sus hijos ó los mimen indiscretamente. Toda primera educacion que no emane de una madre, verdaderamente digna de este venerable titulo, tiene grandes probabilidades de no alcanzar cumplidamente sus elevados fines.

La educacion, conforme á los designios de Dios, es una continuacion de la obra divina, y por lo tanto la mas excelente de las obras hu-

manas. Dios no ha hecho á los padres ministros visibles de su Providencia solo para que den á sus hijos la vida material, sino tambien para que los eduquen, para que les desarrollen todos los sentimientos y facultades que constituyen la naturaleza y la dignidad humanas. He aquí por qué el padre y la madre son los primeros maestros, los maestros naturales de sus hijos, sus maestros necesarios y providenciales.

Los que podemos denominar *maestros secundarios*, *maestros delegados*, aun aquellos dedicados con la mas generosa vocacion á tan noble cargo y elegidos como mas dignos, no tienen derecho alguno natural, no pueden ser asociados á la autoridad del padre y la madre, sino por voluntad de estos; no tienen ni pueden tener mas que una autoridad delegada por aquellos á quienes pertenece naturalmente por un derecho primitivo. De aquí el que ningun poder humano tiene derecho á imponer un maestro ó maestra á un niño ó niña, contra la voluntad de sus padres; en tanto que la autoridad de estos no prevarique, debe ser religiosamente respetada, pues no es posible, sin una pretension criminalmente tiránica, imponer condiciones y reglas al padre de familia sobre la manera de dirigir su casa y educar sus hijos.

La educacion debe ser esencialmente obra de la familia, hasta que esta llegue á excitar bastante en el corazon del niño los sentimientos que no pueden cultivarse bajo otras influencias, y que son los únicos gérmenes de todas las virtudes sociales. Solo entonces podrán comenzar con ventaja la educacion y enseñanza de las escuelas y colegios, como lo exija la condicion moral y material de los que hayan de recibirla; pero los medios y los fines deberán diferenciarse segun el sexo.

Siendo la educacion del hombre en su primera infancia, y la de la muger hasta la posicion de esposa y madre, casi exclusivamente del dominio de la autoridad de los padres, el Estado solo tiene que desempeñar en este asunto un papel muy secundario y de pura vigilancia: la aplicacion de sus derechos empieza únicamen-

te donde los abusos de esta educacion fuesen ilegales y tomasen el carácter de verdaderos delitos. Si la enseñanza doméstica se extralimitase, apareciendo ostensiblemente funesta para la niñez y ultrajando á la moral pública, entonces el Gobierno tendria, no solo el derecho, sino la obligacion de refrenar el mal y prevenir las consecuencias que pudiera dar de sí en daño de la familia y la sociedad.

La educacion, efectuada en el seno de la familia, no está, como la instruccion pública, bajo la inspeccion directa, ni bajo la accion inmediata y positiva del poder: la autoridad de los padres y la libertad individual no son compatibles con la intervencion del Gobierno en todas las circunstancias ordinarias; pero si el domicilio del ciudadano honrado, si el hogar doméstico, donde todo está en orden, es inviolable, el poder ejecutivo tiene el derecho, lo diremos mejor, la imperiosa obligacion de que su mirada penetre en todas partes donde la educacion de las nuevas generaciones sea depravada, donde las malas pasiones promuevan el desorden y tiendan á pervertir las instituciones; en consecuencia de lo cual deberá reprimir los proyectos criminales, sofocar el escándalo, y en fin, prevenir los funestos resultados de todo establecimiento que bajo cualquier pretexto exquive la vigilancia.

En la enseñanza privada, es decir, en la que se efectúa bajo la responsabilidad de maestros ó maestras independientes del Estado, este debe hacer mas todavía: no es conveniente que espere el mal para combatirlo; debe ante todo prevenirlo por medios suficientes.

Pero en la educacion pública, y muy especialmente en la gratuita, que las clases menos favorecidas por la fortuna necesitan, la accion del Estado debe ser diligente, y la iniciativa que tiene derecho á tomar es de una importancia incontestable para el porvenir, el orden y la estabilidad del cuerpo social.

Para la enseñanza de los ciudadanos, el Estado debe garantizar la moralidad, aptitud y buena influencia de los maestros. Si permitiese que semillas corrompidas y viciosas por su na-

turalaleza ó por la mano que las ofrece, fuesen sembradas en el campo social, pronto se verían crecer plantas venenosas y árboles cargados de malos frutos.

Sin el apoyo de una buena educacion, sin discernimiento en la eleccion de profesores y sin el conveniente desarrollo, la enseñanza pública y privada, que siempre es un arma formidable por su temple, podria ser tan fatal para el Gobierno que la dirija ó intervenga, como para los ciudadanos que la reciban: seria el puñal del asesino que hiere de muerte al objeto de su odio, en vez de la espada del héroe que defiende valerosamente á su patria.

Finalmente, la educacion que obra por medio de los cuidados sucesivos de la madre, del padre y de los maestros, no cesa bajo la influencia de las leyes y de las relaciones sociales; y el hombre la continúa sobre sí mismo durante el curso de su vida, con resultados muy diferentes, segun el imperio de la razon sobre los instintos, segun las razones habituales é íntimas y segun la sabiduría, vigor y justicia de las mismas leyes.

Hacer del hombre lo que pueda y deba ser en circunstancias dadas, es el importante problema que, no solo están llamados á resolver el legislador, el padre, la madre y los maestros, sino tambien el educando; porque desde que se puede usar de la reflexion y la voluntad, se encuentra el individuo, por decirlo así, en sus propias manos, y por consecuencia encargado del cuidado de educarse á sí mismo. La sola diferencia que hay entre este *educador* y todos los demás, consiste en que aquellos se emancipan de nuestra educacion personal, y cesan de ser de derecho nuestros directores, mientras que nosotros estamos obligados, porque podemos, á perfeccionarnos, y por consiguiente á formarnos y á educarnos hasta nuestra última hora.

La educacion, como ciencia, se dá principios y elige métodos y procedimientos para alcanzar mas fácil y prontamente sus fines; y como arte, aplica con inteligencia y habilidad, segun las reglas que ha establecido, los medios

adoptados con arreglo á los principios de la ciencia. Por lo tanto, la educacion requiere en las familias, los maestros y el Estado que la dan, no solo la teoría, sino tambien la práctica, no solo la enseñanza del precepto, sino tambien la del ejemplo; y para ser completa y provechosa, exige en el que la recibe el conocimiento de los derechos y el cumplimiento de los deberes.

J. T. L.

AMOR FILIAL.

Entre los deberes que tiene el hombre para con sus semejantes, no existe ninguno tan sagrado, tan noble, tan obligatorio como el amor filial. Dios ha grabado tan profundamente este deber en el fondo de nuestras almas, que felizmente para la sociedad, existen muy pocos ejemplos de los malos hijos, y estos son el objeto de un aborrecimiento general, aborrecimiento mayor y mas vergonzoso que el que se profesa á los hombres mas depravados.

El buen hijo, al cumplir con los minuciosos deberes que impone al hombre el amor filial, contrae una dulce esperanza para el porvenir, pues tiene derecho á esperar que sus hijos se conduzcan algun dia con él, como se ha conducido con sus padres.

¡Cuán dignos son de nuestro amor los que, despues de habernos dado la existencia, nos han prodigado toda clase de cuidados en una edad en que nada podemos por nosotros mismos!

La que nos ha alimentado en nuestra infancia con su propia sangre, la que ha velado con maternal solicitud para alejar de nuestra cuna los peligros y las enfermedades, la que ha soportado con paciencia los continuos disgustos que ocasiona la primera época de la vida, tiene derecho á esperar de nosotros un inmenso reconocimiento, la mas perfecta sumision, una constante ternura y un respeto profundo, sin que su mal humor ni las enfermedades que trae consigo la vejez deban disminuir en nada nuestra atencion para con ella.

Estos sentimientos tiernos y elevados y estas consideraciones, los debemos igualmente á nuestro padre, que si no nos prodigó los mismos cuidados en la cuna, veló despues incesantemente sobre nosotros, procurando por todos los medios posibles el desarrollo

de nuestra razón y la buena dirección de nuestras ideas, esforzándose en darnos una educación que nos proporcione los medios de ocupar algún día un buen lugar en la sociedad: el padre debe ser para sus hijos la imagen de Dios en la tierra.

La educación, la moral, la opinión pública, siempre favorable á los padres, inspiran al buen hijo la paciencia para soportar las rarezas de la ancianidad y la generosidad para perdonarles cualquiera injuria que puedan hacerle, pues el hijo no debe perder nunca de vista que aun el padre mas injusto, el mas desnaturalizado, al fin es el autor de sus dias, es su padre, y en medio de sus extravíos tiene momentos lúcidos en que se dejó oír la voz de la naturaleza.

Cualesquiera que sea el estado á que los eleve la fortuna, los hijos no deben avergonzarse jamás del estado de sus padres, sino por el contrario, darles públicas demostraciones de aprecio, saludándolos con sumision, acompañándolos con placer, y prodigándoles atenciones que los infelices ancianos acojerán con mayor placer cuanto mas públicas sean.

Amor, sumision, respeto, asistencia, he aquí los principales deberes del hijo para con sus padres, deberes que está obligado á cumplir exactamente si ha de merecer el aprecio de la sociedad y la aprobacion de su conciencia.

R. A.

DIRECCION DE LA MADRE

EN EL DESARROLLO NATURAL DEL LENGUAJE.

Nada mas fácil de conseguir que el desarrollo del buen lenguaje, si la enseñanza de sus primeros rudimentos, ó mas bien, si la adquisicion de las ideas y el aprendizaje de las palabras se han hecho bajo una buena dirección y con el orden conveniente.

La inmensa mayoría de las mugeres posee en el mas alto grado la cualidad de buen lingüista; es mas ordenadora que el hombre, y cuenta por esto con la facultad de distinguir las mas pequeñas diferencias entre las mayores semejanzas de las palabras. La madre de familia, lo mismo que otra cualquiera muger que hubiere de reemplazarla en el cumplimiento de sus deberes, aprovechará este don particular para preparar convenientemente la enseñanza del lenguaje, clasificando con cuidado las palabras, estableciendo ejercicios que sean un verdadero y provechoso entretenimiento para la primera edad de sus

hijos. Semejantes cuidados, no solo constituyen el medio mas eficaz de hacer entrar á la infancia en el pronto uso de la palabra, sino que dá ocasion á una gimnasia intelectual de extensos y provechosos resultados que nada podria reemplazar. El orden y la claridad de las ideas para quien aprende el lenguaje, y hasta el fundamento para la rectitud de sus juicios, depende muy principalmente del orden en que han aparecido sucesivamente en la inteligencia del individuo, por el conocimiento de las palabras que las representan.

Es tambien de incalculables ventajas para las madres de familia regularizar y ordenar los ejercicios y tareas necesarias para enseñar el lenguaje á sus hijos; porque sobre los beneficios indicados en el desenvolvimiento de las facultades intelectuales y la instruccion general del niño ó niña, reporta el no menos interesante de evitar una multitud de embarazos que en esta enseñanza crea su impaciencia por el deseo irreflexivo de satisfacer su curiosidad, tan pronto como se manifiesta sobre el significado de una palabra que ignoran, y se les enseña quizá con el propósito de completar el conocimiento de la significacion de otra que ya se le enseñó. En estos casos, el carácter de exigencia que en ellos toma su anhelo por apoderarse y persuadirse de la idea que expresa la palabra, los arrastra á dirigir repetidas preguntas que no se deben contestar con evasivas, sino satisfacerse con explicaciones acertadas y precisas que jamás puedan producir la vaguedad ni el error, así como hacer caer á la inteligencia, á que se dirigen, en una perniciosa rutina. Por esta razon poderosa ha de cuidarse que no vengán á los ejercicios lingüísticos palabras cuya pronunciacion y significado no pueden ó no deben saber entonces; pues sería de muy mal efecto no satisfacer sus preguntas cuando á esto se encaminasen, y de peor aun hacerlo mal ó imperfectamente. Este hecho tan frecuente, aun en una edad mayor que la conveniente para los primeros ejercicios, y cuando los niños pueden aprender de mas personas que la madre, porque ya son comunicativos con otros, basta por sí solo para demostrar la necesidad de un orden calculado y provechoso en los ejercicios, para los cuales se han de haber elegido los pensamientos, ideas y palabras de modo que en todo se favorezca la rectitud de los juicios, la facilidad de su inteligencia y hasta el análisis y reconstitucion práctica del lenguaje.

Quando la niña ó niño está reuniendo su primer

caudal de voces, lo hace por pura y espontánea intuición que no debe contrariarse; porque sería ahogar el mas natural ejercicio de las facultades intelectuales, y renunciar al medio único de conseguir entonces que no se fije en la memoria un solo sonido al que no vaya asociada la idea que expresa; pues la sílaba ó sílabas lanzadas por el aparato oral, para que lleguen á herir el oído del niño y producir la viva impresión que dá cuenta al alma por una percepción sensitiva y completa, ha de llevar encarnada en sí misma la idea que ella expresa. Así, nada mas nocivo que las madres pretendan apresurar en sus hijos el ejercicio del lenguaje, y se esfuercen por darles un conocimiento incompleto y prematuro, creyendo hacer brillar su precocidad; porque teniendo que enseñarles palabras cuyo significado no pueden comprender, logran, por el contrario, detener y aun retrasar el desarrollo de la inteligencia. Téngase muy presente que oído por el niño un ruido que le impresiona, ó visto un objeto que le agrada, nada le es mas fácil que apoderarse de la palabra que lo expresa para no olvidarla jamás, así como le es casi imposible conservar en la memoria sonidos ó palabras que no puede comprender, porque no van asociadas al objeto cuya imagen produjo en su alma una viva impresión.

El mayor ó menor número de sílabas que forman la palabra, es otra de las circunstancias que deben tenerse muy en cuenta para la elección de las que hayan de entrar en los primeros ejercicios de lenguaje, y hasta para el orden en que estos han de sucederse; porque sabido es que con mucha mas facilidad se aprende una palabra corta que una larga, así como tambien que en nuestro idioma las palabras de pocas sílabas son las mas gráficas, esto es, las que van mas asociadas á la idea que expresan, ó las que por su sonido tienen mayor analogía con la significación. Por esta razón se fijan mas fácilmente en la memoria de los niños; y si alguna vez no sucediere y se hubieran olvidado, tienen la ventaja de haber dejado la idea, que el niño puede recordar y hacer comprender á su madre por el movimiento de los dedos, las manos ú otros de aquellos que en sus débiles órganos forman la mímica propia de la infancia, pero que le basta para hacerse entender de ciertas personas, y en el caso presente serviría para que le repitiesen la palabra olvidada hasta que consiguiera fijarla bien en su memoria. Un corto número de nombres de las cosas y sucesos que nos rodean y han de

impresionar al niño ó niña, las principales sílabas pronominales, ó llámense los principales pronombres, y algunas palabras verbales, serán mas que suficientes para combinar ejercicios de entretenimiento en que claramente y con la mayor propiedad se expresen los pensamientos elegidos como tema. Cuidé, pues, la madre de familia de que espontáneamente, con mucha frecuencia y de una manera natural é indeliberada se establezcan estos ejercicios, y habrá conseguido la base mas segura para la enseñanza del lenguaje; y no pierda de vista que en un principio corresponde á ella presentar los temas, y puede, ó mas bien debe hacer que sean un sencillo conjunto de palabras que podemos llamar vivientes, porque cada una de ellas vá íntimamente unida á su significado, formando el verdadero cuerpo de la idea que encierra, la que es á su vez alma de la palabra. Por igual razón aléjese en un principio el empleo de palabras muertas, que son aquellas cuyo sonido está tan distante de su significación, que es difícil, si no imposible, darse cuenta de la idea al oírlas pronunciar.

Con tales ejercicios, prudentemente conducidos, se enseña el lenguaje con la verdadera anatomía de las palabras, estableciendo, no solo un fundamento sólido para el conocimiento cabal del idioma, sino el procedimiento mas eficaz para enseñar á pronunciar y leer bien, así como para seguir todas las modulaciones y sonidos en la buena pronunciación de las palabras, y cuantas variaciones pueda ofrecer. Bien se deja comprender que semejante juego de palabras no es ajeno á combinaciones racionales que tengan toda la eficacia educativa que reclaman el recto uso de las facultades del individuo y una instrucción sólida. Por esta razón nos decidimos á presentarlos á la consideración de las madres de familia, para que de ellos puedan tomar la pauta mas conforme á sus circunstancias, al enseñar á sus hijos los rudimentos del lenguaje.

R. P.

SOBRE LAS RELACIONES DE LAS MADRES

CON LAS MAESTRAS DE SUS HIJAS.

Nada contribuye tanto al buen éxito de la educación y enseñanza de las niñas, como una benévola y asidua comunicación entre las madres y las maestras. Estas tienen el deber de indicar á las familias todo cuanto pueda ilustrar su opinión respecto á los

intereses de la enseñanza, así como á su vez las madres deben dar á las maestras las noticias necesarias sobre las condiciones, espíritu, carácter, sentimientos, inteligencia y hábitos de sus hijas; y para el mejor cumplimiento de sus respectivos deberes, hay que guardar mas atenciones de las que comunmente se cree; porque sin las recíprocas consideraciones que deben existir entre las unas y las otras, no será posible que las profesoras ejerzan digna y provechosamente la autoridad que las madres les delegan, ni por consecuencia elevar y engrandecer en el alma de las hijas el respeto á esa misma autoridad, como fundamento de todas las virtudes domésticas y sociales.

Ante todo: procuremos no entrar en las escuelas ó colegios á horas en que podamos ser causa de que se interrumpa el estudio ó la enseñanza, ó en que las profesoras hayan de suspender sus tareas ó desatender á sus alumnas para recibirnos: cuando intentemos visitar á una colegiala, pidamos á la directora del establecimiento, ó á quien la represente, el oportuno permiso. Si al entrar en la casa notásemos que se reprende á una alumna, nos abstendremos de entrar en tales momentos; y si ya hubiésemos ingresado, retirémonos alegando algun pretesto razonable.

Las atenciones que tributemos á las educandas se entenderán tributadas al mismo establecimiento, y especialmente á la persona que lo dirige; por consiguiente, no entremos nunca en las casas de educacion sin manifestarnos atentos y respetuosos, por muy jóvenes que sean las personas que se ofrezcan á nuestra vista.

Jamás nos consideremos autorizados para reprender en alta voz á nuestras hijas ó pupilas dentro del establecimiento en que se educan; pues sobre ser este acto perjudicial á la educacion moral, faltariamos á la consideracion que debemos á la casa, invadiendo la autoridad de la directora, que la buena educacion y la etiqueta nos mandan siempre respetar.

La maestra que recibe de una familia el grave y delicado encargo de educar á sus hijas, debe tener presente que no se le ha dispensado tan alta confianza sin considerarle capaz, por su moralidad, pureza de costumbres, dignidad de carácter, inteligencia y finas maneras, de ejercer dignamente esta honrosa delegacion por medio de la doctrina y el ejemplo, sembrando en los corazones infantiles la preciosa semilla de la virtud y preparándolas á ser buenas hijas, esposas y madres, en bien de la familia y de la sociedad; y como las almas nobles prescinden siempre de

los propios merecimientos y de la retribucion material del trabajo, cuando el encargo que reciben encierra un homenaje de consideracion, la maestra no podrá menos de añadir, al estricto cumplimiento de sus deberes, todas las particulares demostraciones de especial atencion y aprecio con que pueda manifestar su gratitud á las familias de sus alumnas, por el elevado concepto que les ha merecido.

A su vez las madres deben hacer abstraccion completa del mérito que la profesora haya podido reconocer en la distincion que se le hace; y considerando únicamente que los afanes y desvelos de las directoras de sus hijas son de un orden tan elevado que el amor maternal no los vé jamás recompensados con una retribucion pecuniaria, las colmarán de honor y consideracion, y no omitirán medio alguno para manifestarles el reconocimiento que merecen siempre de las familias las personas que toman parte en la importante y delicada tarea de la educacion.

Las madres no deben reconvénir á las educandas de la educacion de sus hijas por actos que estén prescritos por los reglamentos, la disciplina y las prácticas generales para el régimen del establecimiento, lo cual deberán consultar antes de confiarles un encargo que supone prestada la mas completa conformidad á las reglas establecidas.

Acontece con frecuencia que las madres, confiando mas en su propia solicitud que en la eficacia de los reglamentos, en el celo de las profesoras y en el de las autoridades que las vigilan, hacen numerosas, urgentes y reiteradas recomendaciones y exigencias; pero siempre que estas no sean razonables, la maestra, con la calma, dulzura y moderacion que inspiran confianza y reducen las pretensiones extremas, mejor que una negativa descortés, razonará la imposibilidad de acceder en que le ponen sus deberes; abrirá los reglamentos ó instrucciones, dirá que acoge cuantas modificaciones puedan ser practicadas en el régimen del establecimiento y en los métodos de enseñanza; pero que no puede establecer un sistema para cada alumna, ó emplear para una sola el método que no convenga á las demás; y que todas las prácticas establecidas las sigue de acuerdo con sus superiores. Para convencer, apele tambien á la opinion de las corporaciones y funcionarios que inspeccionan los establecimientos, y de esta manera la voluntad ó el capricho de la madre cederá á la autoridad de la experiencia y de la razon de muchos, y renunciará á exigir lo que es imposible satisfacer.

La directora de una casa de educacion debe decir sinceramente á las madres todo cuanto concierne á sus hijas, sin reticencias, con toda la verdad que les deben. Si esta verdad es agradable, dígala con placer, pero sin exageracion, sin servirse de expresiones que despierten el orgullo de las niñas y que inspiren á las madres esperanzas ilusorias. Si, por el contrario, las noticias que les han de comunicar son desagradables, particípelas con la mayor moderacion y dulzura; pues hablar de otro modo seria descortesía y hasta crueldad.

No siempre es posible que la comunicacion entre las madres y las maestras sea tan frecuente como conviene; pero hay un medio fácil y provechoso: cartas ó partes, mensuales ó trimestrales, en que se dé cuenta á las familias de la conducta y aprovechamiento de sus hijas.

En un establecimiento de enseñanza no debe haber mas distinciones que las fundadas en la virtud y el mérito; y solo á la persona que lo dirige corresponde juzgar estas dotes, así como el conceder los premios y aplicar los correctivos que merezcan sus alumnas. Toda intervencion de una madre en estos asuntos, toda reclamacion, toda advertencia que haga, será un acto extraño á sus derechos y contrario á los intereses de sus mismas hijas, cuya educacion será viciosa desde que en las pequeñas contrariedades que experimenten puedan contar con una segura apelacion á la autoridad materna.

Segun esto, la mediacion de las madres para librar á sus hijas de las prudentes y provechosas correcciones que se les impongan, la pretension de que se les dispense alguna obligacion ó se les alce alguna prohibicion, y en general toda exigencia que tienda á rebajar la disciplina de los establecimientos de enseñanza, son un semillero de disgustos entre familias y maestras, que la civilizacion condena y que traen funestas consecuencias á la educacion, á la moral y al porvenir de la niñez.

Esto no es decir que á una madre le esté vedado el velar sobre el trato que á sus hijos dé la maestra; desde el momento en que esta incurre en un abuso de autoridad, desaparece la confianza en que está basado el pacto que entre la escuela y la familia existe; y el anularlo será siempre preferible á toda reconvencion ó discusion que pueda ofrecer por resultado mayores disgustos.

Las madres, cuya indefinible ternura nubla á veces su razon y las hace demasiado susceptibles,

deben reflexionar mucho, antes de calificar de abuso un acto cualquiera de la maestra de sus hijas que haya ocasionado una impresion desagradable; y en todos los casos, tendrán como regla el abstenerse de dirigirle expresiones ofensivas á su carácter y dignidad, porque en esto se harian ellas mismas una grave ofensa, mostrándose descorteses y tal vez ingratas. El magisterio ejerce una grande influencia en los destinos de la sociedad; y para que pueda ser desempeñado siempre en bien de los intereses generales de la educacion, es indispensable rodearlo del respeto, consideracion y prestigio que le dá autoridad y eficacia, y que haciendo de él una profesion honrosa, estimula á que la abracen el verdadero mérito, la virtud y el talento.

POR QUÉ MI TIO MAURICIO NO SE CASÓ NUNCA.

(Continuacion *.)

Una cosa que comprendo perfectamente hoy, pero que entonces no podia explicarme, añadia un estímulo mas al vivo sentimiento que me inclinaba hácia mi encantadora vecina. Era muy piadosa, y este matiz daba á mi estudio lo picante de la novedad. Habia yo leído u oído pronunciar esta palabra; y siempre que se hacia el elogio de mi pobre madre, que la perdí siendo muy niño, recuerdo que nunca faltaba este epíteto en la enumeracion de sus cualidades; pero debo confesar que esta palabra tenia un sentido muy vago para mí. Hijo del período revolucionario, educado en un mal colegio de provincia, solo habia visto en la poca religion que en él se nos enseñaba, una rutina sin consecuencias, tomada de los hábitos del antiguo régimen, sin duda para excusar la transicion. Nuestro capellan era muy raro, ó al menos así nos parecia. Despues, cuando salí del colegio, en la capital en que mi padre tenia un elevado empleo administrativo, no recuerdo haber encontrado, ni una sola vez, un hombre ó una muger de buen porte, en quienes las ideas religiosas ejerciesen una influencia conocida; de repente, pues, me encontré trasportado ante una muger cristiana, piadosa en toda la extension de la palabra.

Debo decir, que si las cosas religiosas no tenian entonces atractivos para mí, tampoco me inspiraban ninguna repulsion ni hostilidad. Voltaire y Rousseau no eran mis hombres en manera alguna, porque habia oído juzgar por personas que no eran devotas, la poderosa y fu-

(*) Véase la página 89.

nesta influencia de estos dos escritores sobre una revolucion cuyos desórdenes y horrores no habían cesado de ofrecerse á mi vista. El recuerdo de los acontecimientos de 93 obraba en mí como ohró la explosión del socialismo en 1848 sobre ciertos conservadores, que empezaron á ser benévolos para la religion, le reconocieron bondad en el pasado y aun en el presente, á título de dique á las pasiones populares y de policia moral; pero continuando, se entiende, para ellos, como cosa de la cual no tenían necesidad.

Así, pues, aunque la idea de llegar á ser buen cristiano jamás me hubiese pasado por la mente, no me sentía animado de ninguna mala voluntad hácia el Cristianismo; y aun estaba suficientemente dispuesto á admirar sus efectos saludables en el pueblo, ó agradables en una muger, sobre todo si esta muger era de raza aristocrática, y parecía deber completar en ella la religion el conjunto de sus dotes.

Pero yo era un profano, y á primera vista estudiaba este sentimiento á *lo artista*, como se dice hoy; pero muy pronto subyugó todas las potencias de mi alma y me hizo experimentar las mas nuevas y extrañas impresiones. Poco tardé en descubrir que la religion en Eugenia, no era un objeto de moda realista, ó de conveniencia de familia, ni una ciencia ó creencia aislada en su cabeza ó en su corazon, sin lazo alguno con el resto de sus ideas y sentimientos, sin influencia práctica sobre su vida. Nada hubiera visto aislado en el alma de aquella jóven, quien la estudiase con ojos inteligentes; todo, hasta las menores palabras ó las acciones mas indiferentes, se subordinaba á un sentimiento soberano, dimanaba de un principio infinitamente superior á todos los pensamientos, á todas las consideraciones humanas.

La excelencia del sentimiento religioso era en Eugenia tan evidente, que nunca necesitaba ser proclamada; radiaba, resplandecía, brillaba por sí misma; era el sol de aquella existencia, la atmósfera en que se movía aquella seductora figura, la vida de su vida. Imaginarse á Eugenia distinta de como el Cristianismo la había caracterizado, despojarla de la aureola que formaban en derredor de ella sus virtudes puramente cristianas, sería matar la verdadera Eugenia, sería figurarse otra tan diferente de la que yo veía delante de mí, como el mudo y frio cadáver se desemeja del ser viviente.

A nada era comparable la extrañeza de mi posicion ante aquella encantadora que me arrebatava con un lenguaje, que apenas me era dado comprender. Animada de este poderoso sentimiento que os he querido pintar, decia cosas cuya precisa significacion no podia yo alcanzar. — ¡ tanta falta me hacian las primeras nociones del Cristianismo! — sin embargo, entreveía yo un sentido profundo y elevado que me enagenaba. El respeto con que yo recibia aquellas impresiones desconocidas, me daba

á entender bien que no estudiaba ya á *lo artista* solamente. ¡ Gracias, Dios mío! era que los sentimientos cristianos renacian en mí.

Me asemejaba á un hombre que habiendo permanecido desde muy niño en un país extranjero, oye de repente hablar la lengua pátria. Aunque nunca haya llegado á pronunciarla, sino de una manera imperfecta, siente resonar como lejanos ecos en el fondo de su alma, y le parece que este idioma tiene algo de sagrado. Aunque no comprende el sentido exacto de cada palabra, como es tan elocuente el acento del país natal, el pobre desterrado reconoce sin trabajo el espíritu de este lenguaje, al mismo tiempo antiguo y nuevo para él, y con poco estudio lo entenderá perfectamente y podrá hablarlo á su vez.

IV.

Entrelanto el día tardaba en aparecer, y fatigado de una noche con tan malas dormideras, y quizá de una demasiado prolongada admiracion, permití que mi naturaleza de observador excéptico recuperase la superioridad. «Con todas estas cualidades, decia yo para mí, preciso es que ella tenga vanidad; y puesto que es devota, no podrá faltarle cierta hiel.»

Esto supuesto, me mezclé al día siguiente un poco mas en la conversacion; pero lo hice con toda especie de miramientos, reserva y cortesania. No desengañé el que mi espíritu brillase, refiriendo algunos rasgos en que mi sensibilidad tuvo ocasion de manifestarse; en una palabra, con mi entrada en escena, que no fué brusca ni desmañada, pero que reveló el natural placer con que yo me hallaba en tan buena compañía, predispuso en mi favor aquellas damas, y ví que en sus miradas se preguntaban, cómo un hombre tan amable había podido permanecer un día entero casi sin desplegar los labios. Mi padre muy oportunamente vino en mi auxilio, explicando en el curso de la conversacion, que yo acababa de estar gravemente enfermo, que algo delicado aun habia emprendido el viaje; y de aquí, por consiguiente, mi largo silencio....

— Ahora, añadió, parece aclimatado, y como veis, se restablece.

Tomadas así mis posiciones, empecé á mezclar en la conversacion algunas alabanzas discretas dedicadas á mi jóven vecina. Aunque gradualmente aumentaba la dosis (siempre en los límites de las mas estrictas conveniencias) parecia que Eugenia no lo notaba. — ¿Será tonta? dije por lo pronto, para mí; pero tuve vergüenza de mí mismo y de mi absurda suposicion, porque en aquel mismo instante Eugenia interrogaba á mi padre sobre sus campañas de América de una manera que, indicando todo en ella la intencion de dar contento á un vecino respetable, le hacia traicion una sutileza y perspicacia que muchos diplomáticos hubieran envidiado.

Aunque, al parecer, la joven no percibía el delicado incienso que yo quemaba en su altar, esto no podía tomarse por simpleza; era la respuesta mas espiritual que podía dirigirme, la manera mas clara y al mismo tiempo mas cortés de significar que yo perdía mi tiempo.

No me pronuncié en derrota, como hubiera debido hacer, sino que me apoyé un poco mas en la nota, como dicen los músicos; y si no llegué á traspasar los límites del buen gusto, estuve muy cerca de ello.

Otra que no fuese la señorita Aubiers, no hubiera sabido hacer otra cosa que continuar callada, ruborizarse mucho, tomar un aire de enfado, ó invocar con una mirada suplicante el auxilio maternal. Eugenia fué á la vez menos tímida y menos solemne. Piadosa y bien nacida, debía á su inteligencia nada comun, y á cierta libertad de su educación, un valor para defender sus ideas, que no poseen ordinariamente las jóvenes de su edad. Me respondió, pues, sin turbarse, para hacerme sentir hasta qué punto mis galanterías eran ridículas y no le proporcionaban ningun placer.

Bati en retirada lo mas dignamente que me fué posible, alegando que nunca habia yo sabido contener mi lengua, y que no comprendia por qué cada uno ha de poder extasiarse libremente contemplando un bello paisaje ó un cuadro, y estarle vedado decir á una muger que es linda y espiritual.

—Eso será quizá, respondió ella con firmeza y de muy buen humor, porque el cuadro y el paisaje no pueden sonrojarse.

Quedaba el segundo objeto de mi estudio, y procuré chancearme con las cosas devotas. Esto tuvo efecto en ocasion de haber visto una cruz de piedra en el camino, al pié de la cual rezaban un rosario algunas buenas mugeres.

Pero en esto tambien debia yo tener la inferioridad. En un terreno que tan perfectamente conocia ella, era natural que tuviese sobre mí toda especie de ventajas; y las aproveché solamente para dejarme enunciar dos ó tres atrocidades; pero en seguida, para reprimirme, dijo:

—Permitidme observar, caballero, que si supiéseis lo que decís, seriais muy culpable; como no lo sabeis, sois muy desgraciado; pero tal vez seria prudente no hablar de cosas á las cuales uno sea tan completamente extraño.

—¡Oh! no insistiré. He dicho esas cosas para matar el tiempo y sin darles la menor importancia. Es verdad que estos asuntos no me son familiares; no todos podemos ser teólogos.

—Todos deberían ser cristianos, y los que tienen la desgracia de no serlo, podrían, me parece, respetar á aquellos que lo son. Sabed, caballero, que tengo la dicha de conocer un poco mi religion, y de hallar, sin grande esfuerzo, respuestas á las pobres objeciones que hace un momento enunciábais: no habeis, pues, debili-

tado mis creencias. A oyentes menos precavidos, á cuya sencillez inspirase vuestro exterior, aun en estas materias, una absoluta confianza, esas objeciones podrían herir ó matar la fé.... No comprendéis, caballero, ¿no es así? Y por lo tanto arriesgais el cometer, matando el tiempo, un crimen mil veces peor que el homicidio....

Y sus ojos centelleaban, no de cólera contra mí (pues en realidad yo no era para ella mas que un objeto de compasion), sino de dolor, pensando en la ofensa hecha á Dios y en los males que la irreligion, ó simplemente la falta de los cuidados que requiere la instruccion religiosa, engendraba en el mundo.

No me quedaba ya otra cosa que callar, y lo hice con muy buena voluntad. Poco á poco volví á entrar en la conversacion por no sé qué puerta discreta, y el dia se pasó muy agradablemente.

Una cosa me admiraba, y era la resignacion con que yo recibia las observaciones, por no decir lecciones, que aquella joven me dirigia. Aunque me ponian en evidencia desventajosa ante mi padre y la señora de los Aubiers, aquellas observaciones casi me eran gratas por lo mucho que se reflejaban en ellas el buen sentido, la admirable moderacion, al mismo tiempo que el exquisito tacto y los sentimientos elevados de mi encantadora.

Toda la noche, dormido ó despierto, deliraba con Eugenia complaciéndome á mi mismo en construir y despues derribar de un soplo, para edificarlo de nuevo, cambiando las proporciones, el castillo en el aire que habreis adivinado ya, amigos míos. Porque vosotros me veis venir, ¿no es verdad? Pues bien, lo que os he prometido no es una novela en regla; os cuento una muy verídica historia.

Mis castillos en el aire estaban, pues, situados en Italia, á donde, sin duda, aquellas damas iban como nosotros. En Niza tomaríamos el mismo carruaje, contentos de la economía que nos habia de ofrecer esta combinacion, y tambien de no ver disuelta bruscamente tan dulce compañía. Pasaríamos dos ó tres meses juntos, visitando despacio y con toda comodidad á Florencia, Roma, Nápoles, Venecia, Milan, etc., etc. Al regreso, Eugenia, que durante la excursion me habria probablemente convertido por completo, nada le parecería mejor que casarse conmigo, y de este modo evitaria ella uno de esos casamientos *por orden* que amenazaban entonces á las herederas de las principales familias, y que la condesa miraba con horror. Además, se habia traslucido en la conversacion que aquellas damas no eran ricas; yo felizmente lo era, y pertenecia á una excelente familia noble y antigua, aunque sin título. Como dijo mi sobrino el literato, mi persona era agradable; yo pasaba por no ser nécio ni malo, en una palabra, yo me consideraba un buen partido para

la señorita de los Aubiers, ¡qué fatuo! Me habría casado, pues, con ella, y ambos hubiéramos hilado días de oro y seda; el invierno en París, en mi lindo cuarto del arrabal Saint-Honoré; el verano en esta poética morada que mi buena madre me dejó. Mi empleo no me había de estorbar, porque una vez casado, ¿quién me impediría el presentar mi dimisión?

(Se continuará.)

ARTE DE ESCUCHAR.

Saber escuchar revela buen sentido, urbanidad y experiencia; es uno de los deberes más imperiosos de sociedad, pero el que se cumple menos. La mujer, á quien se atribuyen más faltas en esta parte, no es, sin embargo, la menos celosa del buen efecto á que aspira en su conversacion, aun sin contar con las deferencias que ordinariamente se tributan á su sexo. No es, pues, á la mujer á quien dirigimos nuestras reflexiones como objeto final, porque su lectura dará á conocer bien claramente que se refieren en su mayor parte al hombre: se las recomendamos, sí, porque como autoridad en la educacion, hábitos y costumbres de nuestra sociedad, vele por su observancia en bien de aquellos más dispuestos á descuidarla.

Son muy importantes las reglas para escuchar bien, porque nunca estamos más dispuestos á escuchar que á creer á los demás más racionales y avisados que nosotros mismos; y mientras que los demás hablan, no hacemos otra cosa que prepararnos para aprovechar la primera ocasión de hablar nosotros.

La atención de una persona que escucha revela siempre al mismo tiempo el sentimiento que penetra en su alma, la naturaleza y el estado de su espíritu. Sus impresiones se manifiestan en su mirada, muchas veces en sus rápidos y casi impereceptibles movimientos. ¡Qué entusiasmo y satisfacción produce al que habla la convicción que se retrata en la animación progresiva de la fisonomía del que escucha! Parece que se extiende como la luz del sol que una nube descubre lentamente. Por el contrario, ¡qué embarazo crea la contracción de las facciones en el que escucha, su rígida inmovilidad y la expresión de incertidumbre ó de fina ironía en su mirada! Nos parece leer allí estas amargas palabras: «Yo no sé contestar á cuánto estais diciendo sin claridad, sin energía y hasta sin razón.» Es preciso callar en el instante mismo, procurar rehabilitarse, ó mejor aun, resolverse á reproducir la idea bajo un aspecto nuevo, con expresiones enérgicas, sin ser picantes, y con un tono de verdadero convencimiento.

Si la expresión de un sentimiento delicado ó de un bello pensamiento, el vivo recitado de una gran catástrofe y la discusión de una cuestión importante, dejan á

vuestro interlocutor con una mirada sin fuego, una boca sin pasión, una fisonomía indiferente, en una palabra, como una figura impassible, callaos; no os ha comprendido ó no quiere comprenderos.

La tontería y la fatuidad que no dudan de nada, producen el charlatanismo: la razón y el tacto, hermanados con la reflexión, causan algunas veces la taciturnidad. Hablar y callar á tiempo son dos puntos muy importantes en el trato del mundo.

Un poco de destreza anima la conversacion y hasta le dá un sabor inexprado.

Contradecir es hablar; y no está mal que los hombres se decidan á contradecir para no aparecer mudos en algunos casos.

Hay personas que saben dar apariencia de razón á los propósitos más vulgares. El gesto, el tono de voz, la mirada, el juego de la fisonomía, todo en ellos parece decir más que sus palabras. ¿Cómo no suponer gran finura en ellas cuando las pronuncia con tanta satisfacción? En este caso, el que habla halla las más veces una interpretación que aplica para sí mismo, aunque con el disgusto de no haberse atribuido la acción toda, porque la ve aplaudida. Hay sin embargo, espíritus indóciles que quieren comprender antes que juzgar, que no aprueban nada dudoso y nunca están de acuerdo con la generalidad: estos son espíritus peligrosos que quieren tener siempre razón.

En un hombre de buen criterio la seguridad en lo que dice nace en su mayor parte del sentimiento íntimo de su superioridad relativa. Así se muestra uno lleno de calor y verbosidad en un círculo, al paso que es reservado y casi tímido en otro.

No habéis de las minuciosidades de vuestra profesion, sino para contestar en cuestiones que os hayan provocado; pero animad á los demás á que hablen de la suya. Este es uno de los medios de sacar mucho partido y no molestar jamás.

EL OVILLO DE HILO.

Aparecióse un genio á un niño, y le dijo:

«Toma este ovillo; es el hilo de tu vida; podrás gastarlo como te plazca, con economía ó con prodigalidad. Cuando estés contento de tu suerte, no toques al ovillo, y el tiempo se detendrá para tí; cuando la vida te parezca una carga penosa, tiras del hilo, y los días pasarán como relámpagos.»

El niño recibió con alegría el misterioso presente, y pronto empezó á servirse de él.

Sufría con impaciencia la férula de las personas encargadas de cuidarle, y á veces llegaba hasta el punto de

enfadarse cuando, por su bien, sus padres se oponían á sus caprichos. ¡Qué feliz seré, decía, cuando no tenga aya, cuando sea mayor, cuando tenga diez años!

Para tenerlos, le bastó deshacer algunas vueltas del ovillo.

Pero á la vigilancia de los criados sucedió otra especie de autoridad: el niño no tenía ya aya; se le puso un preceptor, y todos los días, con el mayor disimulo, tiraba un poco del hilo, para abreviar el tiempo de la lección.

El preceptor le acompañaba hasta en los recreos, y este testigo constante le era antipático é insostenible; para librarse de él, deshizo tanto el ovillo, que llegó á verse con bozo. ¡Qué felicidad, exclamó; ya soy libre!

Pronto se disgustó de su felicidad y libertad. Envidiaba la suerte de los hombres que tienen un rango, una esposa, una familia; pero sacrificó otro poco de hilo, y se halló provisto de un empleo importante, dueño de una casa magnífica y rodeado de preciosos hijos.

¡Muy bien! dijo para sí, bien está; mi posición es brillante, pero me condena á una penosa sujeción; mis hijos son seductores; pero me molestan muy á menudo; ¡ah! ¡si fuese ya tiempo de jubilarme, de establecer á las hembras y colocar á los varones!

Como al hacer esta reflexión tenía el ovillo á mano, cedió á la tentación de tirar del hilo. Dicho y hecho: un espejo le presentó la imagen de sus cabellos canos; y sus hijos, que se habían duplicado en número, se establecieron todos cerca de él.

Cuando se vió con yernos y nueros, quiso ser abuelo. ¡Qué placer será el mío, decía, cuando vengan á saltar sobre mis rodillas los hijos de mis hijos! Para satisfacer este nuevo deseo recurrió á su ovillo.

Vinieron nietos y nietas, que alborotaron la casa de su abuelo; pero, por desgracia, los reumas, la parálisis y algunas otras enfermedades llegaron al mismo tiempo. El anciano quedó postrado en cama: extraño á todos los placeres, y debilitados sus sentidos, exclamaba con frecuencia: ¡Cuándo acabará todo esto!

Hubiera podido fácilmente poner término á sus males, porque aun tenía el fatal ovillo; pero desde algun tiempo hasta entonces, se había hecho avaro de aquel precioso hilo, y lo guardaba con un cuidado religioso sin atreverse á tocarlo. Un día, sin embargo, vencido por el dolor, tiró del resto y se quedó tranquilo para siempre.

El pobre hombre no había vivido, desde la visita del genio, mas que seis meses. Tal sería comunmente la duración de nuestra vida, si el ciclo escuchase nuestros deseos.

F.

CONVERSACIONES

SOBRE LA ECONOMÍA DOMÉSTICA (1).

Las compras.

La madre. Hablaremos hoy de las compras. ¿No es este vuestro primer capítulo?

Yo. Precisamente.

La madre. Pues bien, hacednos preguntas; vamos á seguir.

Yo. ¿Cuántas especies de compras reconocéis como necesarias para la casa?

La madre. Me parece que hay tres principales: las compras que conciernen á los alimentos, las que tienen relacion con los vestidos, y las que interesan al mobiliario en general.

Yo. ¿Cómo haceis las compras de comestibles?

La madre. Nosotras las dividimos, y digo *nosotras*, porque mi hija está asociada á mi; *nosotras* las dividimos en dos clases: las que se hacen por junto, y las al por menor. Hay provisiones, como el vino y el café, por ejemplo, que no solamente se guardan bien, sino que su duración las mejora; y hay otras, como el pan, la carne, las legumbres verdes, etc., que es menester comprarlas cada día.

Yo. ¿No hay principios comunes que seguir para estas diferentes especies de compras?

La madre. Seguramente. El primero y mas importante es el hacer por sí misma, las mas de ellas, y no dejar á los criados sino aquello de que una no pueda encargarse. Nada mas fácil que esto, para hacer las grandes provisiones, que se renuevan muy de tarde en tarde: tambien es muy conveniente pasar en persona á casa de los proveedores, para entenderse directamente con ellos. En cuanto á las compras diarias, todas las amas de casa no pueden ir constantemente al mercado; porque la salud, el cuidado de los hijos y la vigilancia de los demás pormenores de la casa, ofrecen á menudo muchos obstáculos á la realizacion de tan útil intento. Y entonces, ¿qué hacemos? Empezamos por ir muchas veces al mercado con nuestra cocinera; procuramos elegir vendedores dignos de confianza, y les demostramos que es difícil engañarnos respecto al precio y calidad. Es necesario haber aprendido á escoger los géneros, haber comparado en muchos vendedores los respectivos precios de una misma mercancia; y cuando un proveedor conoce que la señora de la casa es instruida y vigilante, está menos dispuesto á hacer concesiones fraudulentas á la cocinera, como sucede con aquellas cuya influencia teme el vendedor, y que obtiene de él rebaja en perjuicio de su ama. Semejantes vendedores temerán menos á tales cocineras cuando sepan que sus amas

(1) Véase la página 60.

no están dispuestas á proveerse de otra parte, segun el capricho de una criada de mal humor. De tiempo en tiempo sostenemos esta seguridad por medio de visitas personales, y evitamos, cuanto es posible, un peligro que jamás desaparece por completo.

Importa mucho conocer la calidad de los alimentos segun las estaciones. Tal ó cual legumbre, comprada fuera de tiempo, luego que germina ó se pasa, puede perjudicar á la salud y deshonorar la mesa. Nosotras aprendemos á distinguir los caracteres que indican la conveniencia y la frescura: y en general tenemos la conviccion, de que el mejor medio de evitar el ser engañados, no consiste en contar con una buena fé, muy á menudo dudosa, sino saber las condiciones de cada mercancia, á fin de ser competentes para juzgar por medio del tacto y de la vista.

Razonamos sobre el valor, lo mismo que sobre la calidad. El vendedor nos hablará de su precio fijo, de su poca ganancia, de la imposibilidad en que se halla de darnos á mas bajo precio el objeto que necesitamos. ¡Cuán grato sería y cuán honroso para la humanidad que la buena fé presidiese á toda grande y pequeña transaccion de comercio! Pero, francamente, nosotras no debemos dejarnos llevar de este atractivo. Si no regateamos, nuestra vecina, mas avisada que nosotras, y que nos sucede para comprar en la misma tienda, obtendrá un objeto de la misma calidad por las dos terceras partes de lo que nos haya costado. Seremos engañadas: mas nos valdrá ser desconfiadas.

Luisa. Mamá, ¿me permitireis añadir que hay excepciones en esta regla tan enfadosa y necesaria?

La madre. Si, hija mia. Tú temes, me parece, que nuestro amable interlocutor nos tome por personas que todo lo ven negro; te dejo hacer tan bello papel: acaba de expresar mi pensamiento.

Luisa. Desde luego, los vendedores al por mayor nos obligan menos que los demás á discutir sobre el precio. En las ventas al *por menor*, las prácticas son mas variables, y las probabilidades de ganar mas inciertas; por consiguiente, las tentaciones de *pedir demasiado*, mas frecuentes y mas fuertes. Las grandes casas no se sostienen sino por precios formal é invariablemente establecidos. Nuestra provision de vino la hacemos y pagamos sin desconfianza; pero disputamos sin escrúpulo el precio del pescado que se nos ha de servir en una comida. Tambien es menester admitir, aun en las compras al *por menor*, excepciones honrosas. Cuando una vez hemos dado con un vendedor que ha sostenido sus precios, á riesgo de vernos entrar en casa de otro, y la comparacion nos ha mostrado su buena fé, le damos de buena voluntad la preferencia, porque nos evita el disgusto y él se ahorra la vergüenza de la lucha en que una leal economía disputa contra una baja codicia.

Yo. No puedo menos de aplaudir ese método. ¿Y qué decimos de los vestidos?

La madre. Cuando se habla de comprar ropas, se entiende de ordinario comprar la tela que sirve para hacerlas. Las que se compran hechas, rara vez vienen bien y no siempre están preparadas con bastante cuidado y conciencia. Nosotras compramos, pues, las telas de hilo, algodón ó seda necesarias para nuestra ropa blanca y vestidos, y el paño ó los tejidos ligeros que han de servir para vestir al padre de familia ó al hijo de la casa. Nos hemos acostumbrado tambien á conocer la calidad y el precio razonable de estos objetos, y examinamos cuáles son los que podemos reservar para el trabajo doméstico, y los que corresponden á operarios ó operarias de fuera: insistiremos sobre este asunto cuando hablemos de los trabajos personales de una buena ama de casa. Basta decir ahora que las compras de ropa blanca y vestidos, así como las provisiones de alimentos, nadie puede hacerlas mejor que el ama de la casa en persona, y que, aun para las piezas sueltas, haria mal en delegar á una criada lo que á la vez interesa á la economía y al gusto.

Yo. Solo me resta conocer vuestro método para la compra del mobiliario.

La madre. Cuanto mayor es la importancia de los objetos, mas útil es que el ama de casa siga el principio de comprar por sí misma; pero la compra de muebles la obliga á remitirse frecuentemente á la buena fé de los almacenistas; porque no puede conocer á fondo todas las variaciones de precios que el tiempo ocasiona; pero se deberá informar lo mejor que le sea posible, y al menos solo tendrá una probabilidad en contra: tendria dos si confiase á un tercero el encargo de hacer las compras.

Yo. ¿No hay otra condicion que es muy útil observar en las compras hechas para el menaje?

La madre. ¿Qué dices tú, hija mia? ¿He olvidado alguna cosa capital?

Luisa. Creo que este caballero alude á una condicion que, en efecto, es muy grave: el pago al contado.

La madre. Justo. Nada mas ventajoso para el orden de las cuentas y la apreciacion diaria de los recursos. El hábito de dejar que los proveedores lleven cuenta, nos hace una ilusion: nos creemos ricos, porque tenemos dinero en la gaveta, y no reflexionamos que debemos mas que poseemos. Por el contrario, cuando pagamos al contado, estamos siempre al corriente de nuestra verdadera situacion: no hay decepcion posible. Se juzga que esto es mas penoso; error. Hay una multitud de objetos de que tenemos provision á la mano; hay otros tan mínimos y de un precio tan conocido, que podemos sin inconveniente comprarlos por medio de los criados; otros mas importantes, comprados por nosotras las primeras veces, lo serán en adelante por una criada que nos traerá un finiquito dado por el vendedor. En fin, las compras al por mayor no se hacen cada instante, y no hay necesidad de asentarlas en cuentas. Yo no entiendo de economía política, y cuan-

do leo en un periódico, ú oigo decir á este dormilon, á vuestro amigo, mi esposo, que es útil tener *deuda nacional*, estiro las cejas, no lo comprendo. Pero en la casa, ¡oh! puedo afirmar que las deudas son triste cosa, y que las cuentas acumuladas tienen casi por fuerza una enfadosa conclusión.

El padre. Amigo mio, ¿qué libro es ese que se os sale del bolsillo, y que vais á perder?

Yo. Deseos me dan de haceros esperar la respuesta, para castigaros por no tomar parte en la conversacion. Por otra parte, mi oficio aquí no es responder, sino interrogar, y me proponia preguntar á estas señoras si la economía bien entendida prohibe comprar objetos de primera eleccion. Preveo que me hubieran respondido que siempre resulta una economía positiva en comprar lo mejor para provisiones de boca, telas para vestidos y toda especie de útiles y muebles, porque las cosas buenas son de mas provecho que las de calidad inferior, se guardan mejor y duran mas. Pues bien, yo les hubiera dicho á mi vez: ¿queréis que leamos lo que sobre este punto dice Florentino Pandolfini, del cual os hablé hace algunos dias? Despues, hubiera sacado de mi bolsillo el libro que tanta curiosidad teneis de conocer, y os lo hubiera puesto á la vista de esta manera.

El padre. Está muy bien. Seguid ahora, leed y estad tranquilo; ya no os escucho.

La madre. ¡Vaya una gracial! Pues nosotras somos todas oidos. Hace mucho tiempo que deseaba hacer conocimiento con vuestro amable Florentino.

Yo. Amable, nó; sino positivo y sincero. Prestadle, pues, atencion:

«Resulta economía en comprar siempre lo mejor. Si proveéis á la familia de vino agrio, jamon dañado, ó cualquier otro alimento de calidad inferior, nada se reserva, todo se desperdicia, nadie se cuida de ello, todos se quejan, se os sirve mal y se os tacha de avaricia. Pasais por mezquino, y recibís á la vez injuria y menoscabo. De las provisiones que disgustan se llegan á vuestra persona, á quien se ama poco y se respeta menos. Pero si teneis buen vino, mejor pan y gustoso lo demás, la familia estará satisfecha, y se os servirá con buena voluntad. El mayordomo economiza las cosas buenas mientras hace coro con los que se quejan de las malas. Todos cuidan de las buenas y ganais en el concepto de los extraños. Lo que es bueno dura mas que lo que no lo es. Ved este traje: hace muchos años que me lo hice; durante algunos, solo me lo puse los dias de fiesta, y aun hoy está en buen uso. Si no hubiese elegido entonces la mejor tela, me hubiera sido indispensable despues encargar dos, y el último no haria ya su oficio tan bien como este lo hace ahora. Si; cuanto mejores son las cosas, mas duran, mas honor hacen, mas satisfaccion proporcionan y mas elogios atraen. Menester es, pues, tener cosas buenas en la casa, y tenerlas en cantidad suficiente.»

La madre. En verdad que vuestro Pandolfini tiene pico de oro, y temo que nos haga inútiles.

Yo. No lo creais así; he aprendido en nuestras conversaciones cosas esenciales, en que él no ha pensado. Estoy muy complacido; pero ya es hora de que suspendamos nuestra ocupacion hasta otro dia.

PERLAS ARTIFICIALES.

Sabido es que, bajo el nombre de *esencia de Oriente*, se vende en el comercio una sustancia que sirve para la fabricacion de perlas artificiales. Esta procede de las escamas de pescado, y su nombre pretencioso indica muy bien que no son ellas mismas las que se emplean para dicha fabricacion. De ellas se extrae, si, una materia pastosa, nacarada, de un blanco azulado con mucha transparencia, la cual se desprende de las escamas, despues que se las ablanda y amasa muchas veces y por largo tiempo en un vaso de agua. Para obtener la esencia se cuele el liquido por un tamiz de cerda muy cerrado, por el que pasará la esencia con el agua, dejando las escamas. La esencia se deposita entonces en el fondo de la vasija á que hubiere pasado el liquido en virtud de su peso, y basta decantarlo para que allí quede pura. Una vez recoigida en su frasco, se le echa una corta cantidad de amoniaco para evitar su descomposicion.

Las perlas artificiales que con esta esencia se hacen, son pequeñas bolas de vidrio delgado que se tapizan por el interior con esta sustancia y se rellenan despues de cera. Forman hoy un artículo importante en el comercio, porque las necesidades de la moda exigen su uso para dar á muchos de sus objetos todo el adorno que con ellas se combina. Solo el valor que en algunos paises representa la sustancia ó esencia de Oriente, importada para la fabricacion de perlas, asciende á muchos miles de reales al año.

MÓDAS.

La toilette de buen tono nada pierde de su riqueza, antes, por el contrario, cada dia que pasa nos viene á sorprender con creaciones mas admirables, y cuando nosotros creíamos que no podia ir mas adelante en el gusto, origi-

nalidad y riqueza de una fantasía, nos ofrece combinaciones mas seductoras y elegantes con la pasamanería, encajes y toda clase de guarniciones, tanto en el tableado como en las bertas, jockeys y cuantos adornos son propios en un vestido de alto precio y hábilmente entendido. Muchas señoras miran, sin embargo, como una locura el gasto enorme que requiere un traje que la moda patrocina hoy para desdeñarlo mañana, ó cuando mas, pasados algunos dias; en esta atencion, nosotros, que deseamos acomodarnos á todos los gustos y satisfacer todas las exigencias, dejamos por hoy los brillantes trajes de baile y las ricas toilettes de soirée para hacer una modesta revista de lo mas arreglado al buen tono para calle y paseo.

El guarnecido económico por excelencia en los trajes de mas gusto, es de terciopelo, porque resiste numerosas metamorfosis conservando todo su lucimiento. Si nuevo se le emplea en un pardessus, puede destinarse luego á recubrir el bajo de una falda, en la que tiene un largo servicio, especialmente si es de colores muertos y violados. Despues de este empleo ó servicio, toda señora económica é inteligente encontrará aun algunas partes en buen estado para guarnecer una zuava sin pretensiones, dejando el resto para que concluya su vida en algun ribete. No es esta aplicacion, aunque de un uso ilimitado, la única que nos obligue á preferir el terciopelo para todo por economía; reúne á esta ventaja la de formar por sí solo una guarnicion de las mas elegantes, hasta el punto de que no se hallará otra cosa mas sencilla y rica á la vez que una ancha tira de terciopelo pegada casi al borde de una gran falda.

Hoy se vé con mucha frecuencia el terciopelo dispuesto en tres bandas ó tiras al sesgo de diez centímetros de ancho cada una, ordenadas sobre la orilla del repulgo y subiendo por el lado izquierdo hasta la cintura. Con este adorno dicen muy bien el cuerpo redondo y cinturón sin caídas, cerrado por broches ovalados ó circulares. Las mangas abiertas en ángulo, y guarnecidas del mismo modo á lo largo de la costura hasta el cuerpo, despues de haber dado vuelta por el borde.

No es menos lindo y preferible para volantes este guarnecido. Así es que se lleva en vestidos de tafetan violeta, enriquecidos con dos órdenes de volantes pegados á pliegues, ahuecados y encañonados regularmente como los pétalos de la margarita. Cada volante está guarnecido de terciopelo, llevando cabeza el último de los tres, y encima de cada uno de los órdenes que forman, tres tiras de terciopelo de á dos dedos de ancho pegadas sobre la falda en llano. Las mangas son de codo, semilargas, y llevan un pequeño volante con cabeza, que se remonta por el medio hasta el cuerpo. Este es redondo; cinturón parecido al vestido, guarnecido de terciopelo y atado al lado por nudo ó lazo con caídas lisas, anchas, y cortadas á la extre-

dad en puntas, que llevan varios órdenes de terciopelos formando enrejado.

Los cinturones anchos están cada vez mas en boga, porque dan á la toilette mas modesta cierta elegancia, haciéndola perder esa monótona sencillez que la dá la falda unida. Estos adornos son por lo general de la misma tela que el vestido, rodeándolos una cinta encañonada ó un guarnecido de terciopelo que concluye á la punta en enrejado, ó con tres bellotas de pasamanería, ó con un bordado al pasado en toda la caída.

Haciéndonos ahora cargo de los trajes que las jóvenes elegantes lucen con mas gusto como novedad bien caracterizada, debemos notar uno de tafetan negro guarnecido con tres volantes, el último con cabeza, que suben hasta la cintura, la cual es redonda; mangas compuestas de cinco bullones separados por braceletes de terciopelo.

Otro de tafetan gris, cuyo bajo de falda vá guarnecido de una ancha cinta de tafetan violeta pegada encima del repulgo y guarnecida á su vez por un encañonado; las mangas son semilargas, plegadas para formar codo, y guarnecidas tambien con una vuelta violeta con su ribete.

La entrada en la nueva estacion nos permitirá describir muy luego nuevas y sorprendentes creaciones, que ya se vienen anunciando en los abrigos y sombreros de verdadera fantasia. Han variado los primeros aceptando un paletót gris avellana rayado, guarnecido al sesgo con bordes violeta: los hay tambien de tafetan con guarnicion de blonda.

Los sombreros presentan las novedades siguientes:

Uno de terciopelo lila con bullones de tul, pluma lila en forma de diadema, viniendo á reunirse por encima á un *marabout* del mismo color matizado de blanco. Cintas de tafetan blanco.

Otro con ala de terciopelo blanco rosado, fondo de blonda clara, sobre el que vá una corona de margaritas: diadema de flores en medio de dos anchas cocas de terciopelo con margaritas en el centro.

Capota de crêpon lila con fondo flojo de terciopelo negro; bavolett negro guarnecido de lila, y sobre el lado anchas ojás de terciopelo negro; otras iguales formando corona debajo del ala. Cintas lila.

EMILIA R. y R.

MADRID 1.º DE ABRIL DE 1861.